



CONSULTA

Sentido y curiosidad del seudónimo

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

TODOS los escritores nos planteamos alguna vez la querencia al seudónimo, todos pensamos encubrirnos con un nombre supuesto que nos debiese toda su gloria o toda su obscuridad.

Siempre hemos envidiado a "Azorín" su seudónimo rotundo, jovial y misterioso. Nos hemos imaginado que "Azorín" vive más desenvuelto y como más aligerado gracias a su seudónimo.

El seudónimo le desprende al escritor de lo más pesado de sí mismo; lo coloca enfrente de sí como una invención más de su imaginación, pero la invención de la que se poseen los secretos y a la que es más fácil insuflar vida verdadera.

El escritor con seudónimo convive con sus personajes como un personaje más y puede trascender la puerta de lo fantástico como un espía lleno de realidad.

Hay quien no tiene bastante decisión para adoptar un seudónimo, pues en el primer momento tiene el acto algo de suicidio.

En el despacho, con las cortinas de la meditación corridas, se oye un disparo y a continuación ha nacido el seudónimo.

Pero ¡que puntería más fina tiene que tener ese disparo! Hay que acertar con un punto preciso que hay en la sien y por el que la sutil bala ha de entrar sin matar la vida, matando sólo el nombre supuesto y superpuesto del operador.

Hay márgenes, marbetes, perspectivas y barbacanas a las que no puede asomarse con entero desembarazo más que el hombre con seudónimo.

El que ha pasado por ese momento irremediable de la posibilidad del seudónimo y no lo ha adoptado, ya no podrá corregir su indeci-

sión. A veces pensará: "¿Qué no hubiera yo escrito de haber tenido un seudónimo!"

Hablo sólo de los seudónimos absorbentes, de esos que se tragan toda la vida del seudónimo, no de esos que van entre paréntesis ni de esos que se combinan en complicidad con el verdadero nombre.

En la antigüedad todos los nombres suenan a seudónimo, y hasta Jehová es como el primer seudónimo del ser supremo y misterioso.

En la confusión de grandes nombres del pasado: Ptolomeo, Augusto, Sócrates, Diógenes, Copérnico, Napoleón, etc., etc., todos adquieren valor de imponentes seudónimos.

Desde Junius, pasando por Moliere —que se llamaba Juan Bautista Poquelin—, ¡cuántos seudónimos adoptados a sabiendas del encubrimiento!

A veces nos sorprende saber que el que creíamos nombre es seudónimo. ¿Conque Lebrija adoptó ese nombre en la playa del pueblo de Lebrija? ¿Así es que "Un Ingenio de la Corte" era nada menos que un rey?

El romanticismo, por lo que tuvo de emocionante mascarada, empleó más y mejor los seudónimos, y Aurora Dupin bebe champán bajo el disfraz de "Jorge Sand".

En España, "Fígaro" da ejemplo de enseudonimado, y quizá la cifra de su extraño remoquete le lleva al suicidio real.

Ese nombre con el que se ha bautizado viene del personaje francés cuyo espíritu frívolo, a la par que dramático, se sintetiza en estas frases que son como su lema: "Me apresuro a reír de todo para no tener que llorar por todo".

"Fígaro" se siente dueño de su seudónimo, y un día piensa que es tan suyo que puede hasta suprimirlo de un pistoletazo, y como en duelo consigo mismo saca una de sus pistolas que tiene para los lances y borra del mundo su seudónimo, aunque claro es que se lleva consigo a don Mariano José de Larra.

En esos tiempos los seudónimos son abundantes, y escriben "El Estudiante", "El Solitario", "El Curioso Parlante", etc., etc.

Francia, en el siglo XIX, tuvo un recrudecimiento del seudónimo y Anatolio Thibaud inmortaliza el seudónimo de "Anatole France", y Julien Viaud el de "Pierre Loti", y un poeta de nombre larguísimo, Papadiamanpoulos, el de "Jean Moreas".

En la literatura de otros países se destaca oculto bajo el apelativo de "Máximo Gorki" un vagabundo de nombre oscuro, y bajo el de "Mark Twain" un grumete norteamericano de nombre sin salientes. El mismo "Gabriel D'Annunzio" tampoco se llama así, aunque también es dudoso que se llame Rapagneta, que parecía incordiarle cuando se enfundó en su nombre anunciativo y célico.

El seudónimo tiene a veces todo el sentido de una aparición subconsciente y delicada. "Katherine Mansfield", la ideal escritora que ha descubierto nuevas y recónditas ventanas del alma, que se llamaba en el registro civil Bauchamps, cuenta que una mañana, en el colegio, una niña pasa un papel a su amiga Ida Baker, en el que ha compuesto en letras de molde recortadas el nombre de "Katherine Mansfield", diciéndole: "Ese será mi seudónimo de escritora".

Recorriendo el campo de las letras francesas actuales, nos encontramos con muchas sorpresas, y así sabemos que el verdadero nombre de "Claude Farrere" es Charles Bargone, y el de "Pierre Mac Orlan" es el de P. Dumarchais, y el de "Guillaume Apollinaire" G. de Kostrowisky, y el de "Jules Romains" Luis Favingole, y el de "J. H. Rosny" Justino Henry Boex, el de "André Maurois" Emile Herzog, y el de "Henri Duvernois", H. Schawabacher, y el de "Luc Durtain" André Nepreu, y el de "H. Kisteameckers" Henry d'Anvers.

En América también ha prendido la usanza de los seudónimos, quizá para evitar el tono de los apellidos heredados, unas veces vulgares y otras enrevesados. Por eso Rubén Darío se llamó así para evitar su apellido García, y Gómez Carrillo quiso evitar con el Carrillo una yuxtaposición de sus apellidos, que por ser los de Gómez Tibile habrían convertido su nombre literario en comestible.

En la actualidad, la poetisa uruguaya "Juana de Ibarbourou" encubre con el apellido de su esposo su verdadero nombre de Juana Fernández, y la escritora chilena "Gabriela Mistral" envuelve con tan somero seudónimo su nombre de Lucila Godoy.

En poetas jóvenes se da el mismo encubrimiento, y así "Pablo Neruda" se llama en realidad Neftalí Reyes.

La literatura recién aparecida apetece menos el seudónimo y luce con más temeridad sus nombres propios, pues fuera de algún autor teatral como "Alejandro Casona", que modifica así su nombre de Alejandro Gutiérrez, casi todos echan por delante sus apellidos con cierta agresividad.

Todo sucede bajo una luz demasiado verdadera en estos momentos para que sirva el embozarse en la hopalanda del seudónimo. En este mundo sin misterio todos sabemos quién es cada cuál y qué trampas hay en su alma. Además, la vida literaria es más difícil que nunca, y no se puede acreditar un seudónimo cuando apenas se comienza a dar a conocer entre los amigos un nombre.

Lo que pasa ahora es que se quieren imponer las iniciales en una especial indeterminación entre el seudónimo y el nombre y como haciendo competencia al título sincopado en las letras de las instituciones, los partidos y los comités a la moda. Seco y frío es el procedimiento y quedan como en los huesos el nombre y los apellidos.

La carátula del seudónimo queda ya como un bello aditamento del teatro dramático de la literatura de antaño, atributo ideal que no puede usarse en la cruda escena de hoy, en que todo encubrimiento es un poco defensivo, y tiene los rasgos monstruosos de las caretas contra los gases asfixiantes.

SEUDONIMOS, ANAGRAMAS, INICIALES, ETC., DE AUTORES MEXICANOS Y ALGUNOS EXTRANJEROS CUYAS OBRAS SE ENCUENTRAN EN BIBLIOTECAS DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA.

PRIMERA PARTE

ESCRITORES MEXICANOS

A

Seudónimo	Nombre
A. A.....	Agustín Agüeros de la Portilla
A. A. E.....	Antonio Acevedo Escobedo
A. C. y T.....	Jorge Delorme y Campos
A. del Q. R.....	Ramón Quintana del Azebo
A. G. C.....	Antonio García Cubas
A. L. M.....	Antonio López Matoso
A. O.....	Anastasio María Ochoa
A. V. E.....	Angel Vivanco Esteve
A. V. V.....	Alejandro Villaseñor y Villaseñor
A. Rosa.....	Pablo J. Araoz
A. S.....	Alberto Santoscoy
Abate Benigno, El.....	José Gómez Ugarte
Abate de Mendoza, El.....	José María González de Mendoza
Abedul.....	Eustaquio O'Gormann
Abeja.....	Victoria González
Abigail.....	Francisco Portillo
Abolicionista, El.....	Ernesto Masson
Ada Heridrea Real.....	Adela Herrera
Adams.....	Manuel Solé